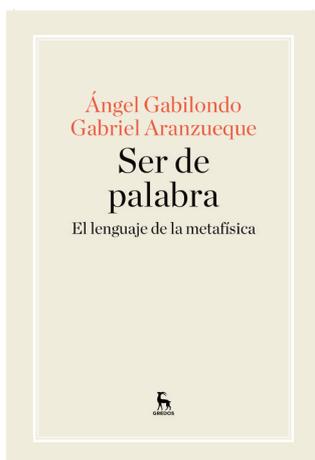


Ser de palabra. El lenguaje de la metafísica

ÁNGEL GABILONDO & GABRIEL ARANZUEQUE

*Madrid, Gredos, 2016,
523 páginas.*



Parece menester de nuestro tiempo proponer un pensamiento realista, un pensamiento que convoque a las cosas en su entidad y objetividad, no obcecado en nuestras facultades de representación, en la incorporación subjetiva del objeto, sino que se encargue de la razón en sus límites, de su más allá, de las cosas en su objetividad. Le apremia sobrepasar la tradición continental en la que considerar al objeto es hacerse cargo de cómo se da, de cómo se nos aparece. Por lo que su autonomía es cancelada, al volver la pregunta por la cosa en una cuestión estética, en una cuestión de representación, de cómo el objeto se nos presenta. Acusa esta filosofía de confundir el saber con el haber, de pensar que el mundo termina allá donde nuestra conciencia alcanza. Así, avivar el realismo es comprometerse con la inadecuación, entender que el decir, el representar, son hacedores de mundo, pero que no lo agotan: que hay más universo que el que la razón ilumina. Por lo tanto, la especulación realista comienza con la humildad de decir la exigüidad del conocimiento, poniendo linderos a su dominio; pues su logro es el de precaver el engrimiento de la conciencia, de que se confunda el mundo con su representación y que esto haga de la filosofía un

discurso sobre la razón como fundamento de la realidad, en que lo real y racional pasen por ser lo mismo. Sin la experiencia de los límites de la razón no puede separarse la ideología de la consciencia, el representar de la falsa representación, la comprensión de la naturalización de lo comprendido. Tal confusión es para el realismo lo propiamente ideológico, ante lo que la filosofía, desde antiguo, se levanta.

El libro que aquí nos convoca, justamente, es una invitación a la metafísica como tarea de fundamentación, como un discurso que se encarga del preguntar acerca de lo que hay, de cómo lo que hay se da. Pregunta que se atiende en su realizarse, en el acontecer del preguntar sobre el ente o la dación del ser. Se trata, así pues, de un compromiso con la tradición, con el legarse de la cuestión por el fundamento de lo que hay. Se trata de un rodeo por la vía larga de la historia, escuchando, compás por compás, el avance de la cuestión fundamental, el consolidarse de la tradición. De modo que nos convida a pasar por las distintas maneras en que se dice la dación, el darse de lo que es. A pasar por *phýsis* «que consiste en ser esencialmente un aparecer» (p. 39); por *lógos* «en lo que la presencia de las cosas presentes se produce» (p. 43); por *alétheia*, «la presencia», «como condición de ser» (Ídem.). A retornar a Platón y ocuparse del hiato entre mundos, de éros, en tanto que requisito para la formación, como coligación, que recorta distancias entre *eídos* e *idéa*. También a acudir a Aristóteles, a la retórica y a la palabra como acontecimiento, que es «un dejar aparecer, un mostrar que *hace* venir» (p. 113). Propone atravesar la filosofía moderna donde la dación se asocia con la libertad, con la posibilidad de ser. Así, el espíritu en Hegel se expone en su presentación (*Darstellung*), se exterioriza en la forma del libre acaecer contingente (*in der Form des freien zufälligen Geschehens*). Así, para Nietzsche en el fabular es donde se da entidad; por lo que el ser del ente se expresa como voluntad. Así, en Gadamer «el ser es inseparable del lenguaje» (p. 427), y con él nos ocupamos de lo ya interpretado, requisito del existir. *Ser de palabra*, es saberse mediado, es saber de la necesidad de un suelo común para la comprensión.

Lo distintivo de la metafísica es en este volumen un representar que consolida, que piensa al ente en su ser y al ser como fundamento, que presencia al ente, que lo determina. De modo que su asunto es la plasticidad de la dación, que tenga que darse la entidad, el esenciarse acontecer: descubriendo al ser como oportunidad de ser, como futuro. Por lo que hay un tiempo de la metafísica, un acontecer, una historia en la que se repliega. Descubrimos que no es solo un discurso sobre el darse del ser, sino que metafísica también es una historia del representar la dación de lo que hay. Esto es: la pregunta por el ser se consume en una pregunta por los modos de ser pretéritos, por cómo se ha figurado en el pasado el darse del ser. Revuelta por la historia, la metafísica, entonces, es tarea infinita, tarea de mediación, y no aquel pensamiento satisfecho que el realismo enmienda, que postula que el mundo coin-

cide con su representación y que en ella se agota. *Ser de palabra* declina esta acepción de metafísica para la que el mundo y su imagen son lo mismo, con el fin proponer una en la que el darse del ser encamina a pensar el presente, lo que tiene presencia, lo que hay. Una ontología del presente, que no es mera fijación por la actualidad, debe encargarse de la tradición, del pasado como condición de lo que ahora se da. Pues si se trata de comprender lo presente, o del presenciarse en el comprender, se tiene que contar con la determinación de lo pretérito, con la efectividad de lo ya comprendido, dado que, como apunta Heidegger, «la vida fáctica se mueve en todo momento en un determinado *estado de interpretación* heredado, revisado o elaborado de nuevo». ¹ Su elaboración requiere de la herencia, el ocuparse de la tradición.

Esta sugerencia heideggeriana, según la cual, para comprender el (ser) presente, su entidad, hay que remontar horizontes y encargarse del pasado, ha dejado huella en el libro que nos ocupa, que, como lección de metafísica, lo es, en efecto, de su historia. De manera que «lo pensado y transmitido en y a través de la tradición (*Überlieferung*)» (p. 399) ha de ser liberado. De manera que su lenguaje, las formas en las que se dice la metafísica, o, más bien, se ha dicho, se presencian al recordar: en su remembranza se actualizan. Así como en la historia lo sucedido se presencia en la escritura, en la narración; alcanza la metafísica su cumplimiento en la palabra. Pero, consumada en el lenguaje, en el decir, en el habla, como lugar donde se da entidad, la metafísica no es solo cuestión de lo dicho y de por ello conservar con celo un vocabulario escrito en griego, latín y alemán, sino que, a su vez, es condición del decir, el lugar donde el diálogo acontece. Es en el lenguaje donde el ser se ilumina, donde se cumple el representar, se efectúa en él la dación de entidad, comparece lo que hay. Correspondiendo al ser, «el decir es mostrar, dejar aparecer, dejar ver y oír» (p. 403), dejarse entender. El decir salva el abismo (*chorismós*) entre lo general y lo particular, y a través de lo general, lo particular se realiza; por lo que decir es encargarse de lo que yace allí al frente, es dotarlo de presencia. Como condición para el presenciarse, el lenguaje lo es para nuestro entendimiento, en su doble sentido, para que algo se comprenda y para nuestra mutua comprensión. Junto a Heidegger, *Ser de palabra* pone al lenguaje como custodio del ser.

Entonces, responder al “¿qué hay?”, a la pregunta fundamental, encamina al libro que aquí abordamos hacia el despliegue de la metafísica en su historia, el relato de la dación del ser, su realización. Lleva a descubrir a la palabra como lo que determina, como lo que arranca al ser y que lo concretiza. *Ser de palabra* esto sugiere: que con la palabra se invoca al ser, que el lenguaje acoge la función de medición; por lo que con

¹ Heidegger, M., *Interpretaciones fenomenológicas sobre Aristóteles. Indicación de la situación hermenéutica [Informe Natorp]*, Madrid, Trotta, 2014, p. 37

él se presencian las cosas, con él son. Más, *ser de palabra* no solo alude a la correlación de la palabra con el ser, el don de entidad del habla; también es una caracterización antropológica: en la palabra está nuestro ser. Talmente, Ángel Gabilongo y Gabriel Aranzueque, satisfacen la propuesta de Tugendhat de asimilación de la metafísica y la antropología, en la que una y otra mutuamente se reflejan. «La pregunta básica de la ontología “¿qué es el ser?” remite a la pregunta “¿en qué consiste la estructura de la comprensión humana?”»,² escribe Ernst Tugendhat. Preguntar por el ser, es preguntar por la mediación, por las condiciones de la comprensión, es decir, por cómo se presencia lo que hay. Y esto es una antropología, pues, acudiendo a Heidegger una vez más, lo propio del ser humano es la comprensión, que organiza nuestra vida fáctica. De forma que, «la hermenéutica tiene la labor de hacer del existir propio de cada momento accesible [...], de tratar de aclarar esa alienación de sí mismo de que está afectado el existir».³ Cumplida en el lenguaje, y en el lenguaje como antropología, la metafísica es, entonces, diferencia fundante, que la palabra predispone a salvar.

De estos giros se ocupa el libro que aquí presentamos, de la metafísica y de su historia, de la metafísica como mediación y como lenguaje, como diferencia, como tarea infinita. Una metafísica abierta a la tensión y poco dada a la resolución final. Lo que nos puede acercar a la sugerencia, por ir terminando, de que toda época requiere suspender, revolver y rehacer su tradición, y esto toca también a la nuestra. Quedan aquí apuntadas dos maneras: por un lado, la de la especulación realista que se opone al «enfoque tradicional de la crítica textual» para ahondar en «la naturaleza de la realidad con independencia del pensamiento y de la humanidad».⁴ Se opone, pues, al llamado correlationisme, a la reflexividad filosófica, entendida como un pensamiento sin objeto, como un pensamiento que se refiere solo a sí mismo. Por otro, el encargarse de la tradición que *Ser de palabra* propone: acudir al pasado como una tarea siempre actual. En este caso, descubriendo en él su polémica, todo en cuanto hay en la tradición de tensión por resolver la diferencia entre el ser, tendiente a ocultarse, y su dación: lo que hay y su requisito de posibilidad. Esto es, viendo a la filosofía como un trayecto sublime por dar cuenta de las cosas, de lo dado, pero también de su inadecuación, que se cumple en posibilidad, en posibilidad de ser. Si nuestro apunte inicial se dirigía con cierta preocupación hacia la ideología, a la naturalización del comprender, el hacer pasar lo espiritual por objetivo, según enseñan Gabilongo y Aranzueque *el lenguaje de la metafísica* es su contrario: es diferencia y libertad.

ALBERT ROSELL

² Tugendhat, E., *Antropología en vez de metafísica*, Barcelona, Gedisa, 2008, p. 22

³ Heidegger, M., *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*, Madrid, Alianza, 2000, p. 33

⁴ Bryant, L., Srnicek, N. y Harman, G., *The Speculative Turn. Continental Materialism and Realism*, Melbourne, re. press., p. 3 (La traducción es mía).